

Texto dramático Te apuesto la cabeza

(Un despacho con puertas laterales.)

FEDERICO. (Entrando por la derecha.) ¿Molesto?

CARLOS. (Mientras escribe.) ¡Adelante! ¡Adelante!

FEDERICO. ¿Qué escribes?

CARLOS. La factura semanal para Edmundo, por el alquiler de una cabeza.

FEDERICO. ¿Qué dices? ¿Por el alquiler de qué?

CARLOS. ¡Ah!, ¿pero no sabes que ahora alquilo cabezas?

FEDERICO. ¡Vamos, déjate de bromas!

CARLOS. Escucha: como Edmundo tiene la manía de hacer apuestas, me propuse curarlo de una vez por todas cobrándole una especie de alquiler por el uso de su propia cabeza.

FEDERICO. Perdóname, pero no te entiendo...

CARLOS. Hace un mes, Edmundo y yo tuvimos una acalorada discusión, y él, sin saber ya qué decirme, salió con su consabido «¡Te apuesto la cabeza!». Yo hubiera podido responderle, como otras veces, «¡claro, tú apuestas la cabeza porque... para lo que te sirve!». Pero decidí curarlo, y le acepté su disparatada apuesta. ¡Y se la gané! Desde hace un mes, soy el legítimo propietario de la cabeza de Edmundo.

FEDERICO. ¡Eso sí que no me lo hubiera imaginado nunca!

CARLOS. Edmundo, como hombre honrado que es, quiso entregármela inmediatamente, pero ¿para qué iba a aceptársela? ¡No la iba a guisar! ¡Ni a exponerla en una vitrina! Entonces, resolví permitirle que siguiera

utilizándola, mediante el pago, eso sí, de una cuota semanal que él me satisface puntualmente.

FEDERICO. ¿Y cuánto le cobras?

CARLOS. (Entregándole la factura.) Lee.

FEDERICO. (Leyendo.) «Don Edmundo Valenzuela debe al señor Carlos Márquez, por una semana de servicios de un par de ojos, diez pesos; de una boca, veinticinco pesos; de dos oídos, quince pesos; de una cabellera, cinco pesos; y de un cerebro, cero pesos.» ¿Cómo? ¿Nada por el cerebro?

CARLOS. Y le sale caro...

FEDERICO. (Leyendo.) «Total: cincuenta y cinco pesos.» Jamás he visto nada tan extraordinario. ¿Y crees que seguirá abonándote el alquiler toda su vida?

CARLOS. Que te lo diga él; aquí llega. ¡Hola, Edmundo!

EDMUNDO. (Entrando por la derecha.) Buenos días.

FEDERICO. Buenos días, querido Edmundo.

CARLOS. ¿Traes el dinero?

EDMUNDO. Discúlpame, pero esta semana...

CARLOS. ¿Qué ocurre esta semana?

EDMUNDO. Esta semana yo también tengo que presentarte una factura.

CARLOS. ¡Ah, sí!, y ¿de qué?

EDMUNDO. (Entregándosela.) Entérate.

CARLOS. (Leyendo.) «Don Carlos Márquez debe al señor Edmundo Valenzuela, por un sombrero para la cabeza que le alquila, treinta pesos; por servicios de peluquería durante cuatro semanas, veinte pesos; por una consulta al oculista, veinte pesos; por un diente de oro, cincuenta pesos. Total: ciento veinte pesos.»

FEDERICO. ¡Jua! ¡Jua! ¡Jua! ¡Se acabó el negocio!

CARLOS. Sí, sí; confieso que negocios de esta clase no me convienen.
¡Líquido y cierro!

EDMUNDO. Pero, antes, págame lo que me debes.

CARLOS. Toma los ciento veinte pesos. Y toma también estos cien. Así te devuelvo todo lo que me pagaste por el alquiler de tu cabeza.

EDMUNDO. ¡Ah, gracias, gracias! ¿Cómo podré demostrarte mi agradecimiento?

CARLOS. No haciendo más apuestas.

EDMUNDO. Te lo prometo.

FEDERICO. Discúlpame, pero no te creo capaz de cumplir esa promesa.

EDMUNDO. ¿Por qué no he de ser capaz?

CARLOS y FEDERICO. Porque no tienes voluntad.

EDMUNDO. ¡Cómo que no!

CARLOS y FEDERICO. ¿Qué apuestas?

EDMUNDO. ¡Apuesto la cabeza!

GERMÁN BERDIALES